

Al fin, en una de las pausas frecuentes y metódicas que le proporcionaba el vaso de agua, un cuchicheo, y el reflejo de un traje claro, le hicieron ver en el fondo, sobre un diván, á la Duquesa al lado de Pablo Astier, continuando la conversación interrumpida en la galería. El ultraje era sensible para un Danjou, niño mimado por toda suerte de éxitos. Tuvo el valor, sin embargo, de proseguir la lectura, echando á tierra con furor las páginas, que revoloteaban, obligando á la señora de Foder á ponerse á gatas para cogerlas. Al acabar el acto, como el cuchicheo siguiera, paró la lectura, alegando una ronquera repentina, que le obligaba á dejarla para el día siguiente.

La Duquesa, que no se cansaba, creyendo que la comedia había acabado, le gritó de lejos, palmoteando vivamente:

—¡Bravo, Danjou, muy bonito el desenlace!

Por la noche el grande hombre pretextó un ataque al hígado, y al amanecer salió de Mousseaux sin despedirse de nadie.

¿Fué despecho amoroso? ¿Creyó realmente que el joven Astier iba á sustituir al Príncipe?

De todos modos, ocho días después de su

marcha Pablo todavía no había encontrado la manera de deslizar una palabra tierna.

Muchos obsequios, atenciones casi maternas, muchas preguntas sobre su salud y sobre si hacía mucho calor en la torrecilla del Mediodía, ó si el movimiento del landó le cansaba mucho, ó si se habían detenido demasiado en el río; pero en cuanto aventuraba una palabra amorosa, una huida como el que no sabe lo que le dicen.

Sin embargo, había gran distancia de la orgullosa Antonia de los años anteriores á la de este año. La otra, altanera y tranquila, ponía á distancia á los indiscretos nada más que con fruncir las cejas: la seguridad de un hermoso río entre sus diques. Ahora, el dique roto, dejaba pasar por una grieta la verdadera naturaleza de la mujer: se le ocurría sublevarse contra los usos y las convenciones sociales, que antes respetaba: sentía necesidad de cambiar de sitio y cansarse en correrías extravagantes. Muchos proyectos de fiestas, de iluminaciones y grandes cacerías para el otoño, que ella misma dirigiría, á pesar de hacer muchos años que no había montado.

Atentamente Pablo espiaba esta agitación, vigilando con ojo penetrante, en el fondo resuelto á no perder dos años en tonto como con Colita de Rosen.

Una noche se había disuelto temprano la reunión, después de una fatigosa excursión en coche. Pablo subió á su cuarto, y sin frac, en camisa de seda, y con babuchas y un buen cigarro en la boca, escribía á su madre, buscando y pesando las palabras. Se trataba de persuadir á mamita, de veraneo en Clos-Jallanges, y que se quemaba los ojos buscando en el horizonte, por encima de las revueltas del río, las cuatro torres de Mousseaux, que no había reconciliación, ni siquiera entrevista posible por ahora, entre ella y su amiga. ¡Gracias! ¡Tenía poca sombra la buena mujer, y prefería verla lejos de sus negocios personales! También le recordaba la letra que vencía pronto, y su promesa de enviar fondos al pobre Stenne, que se había quedado en la calle de Fortuny él solo para defender el inmueble Luis XII. Si no venía el dinero de Samy, debía pedir á los Freydet, que no se negarían á un anticipo de algunos días, ya que aquella misma mañana los periódicos de París, en su

correspondencia extranjera, daban cuenta del matrimonio de nuestro embajador en San Petersburgo, citando la asistencia al acto del Gran Duque, el traje de la novia y el nombre del Obispo polaco que había dado la bendición á los dos esposos.

Mamita podía figurarse el efecto que había producido en el almuerzo la noticia que todos habían oído, y que la dueña de la casa leía en los ojos de todos y en la afectación con que hablaban de otra cosa.

Muda durante la comida, al levantarse la pobre Duquesa, á pesar del horrible calor, había sentido la necesidad de moverse y llevar á toda su gente en tres coches al castillo de la Poissonnière, donde nació el poeta Ronsard: seis leguas de camino al sol, en medio del polvo blanco y crujiente, para tener el gusto de oír al lamentable Laniboire recitar, subido en un viejo zócalo, estropeado como él:

*Hermosa, ven conmigo á ver las rosas...*

A la vuelta, visita al Orfelinato agrícola, fundado por el viejo Padovani, que ya mamita cono-

cería sin duda; inspección de los dormitorios, de los instrumentos y arados de todas clases, y esto reventaba; hacía gran calor, mientras Laniboire arengaba á los jóvenes agricultores de cabeza de presidiario, afirmándoles que la vida era una cosa excelente.

Para acabar, una detención fatigosísima en los altos hornos, cerca de Onzain, una hora pasada con el ardiente sol, ya poniente, entre el humo y el olor del carbón vomitado por tres enormes torres de ladrillos, saltando rails, evitando las vagonetas llenas de fundición incandescente, en bloques enormes que goteaban fuego, como si fuesen panes de hielo rojo que se deshicieran. Y todo este tiempo la Duquesa infatigable, sin mirar ni escuchar nada, marchando del brazo de Bretigny, padre, con el cual parecía discutir violentamente, tan extraña á los hornos como al poeta Ronsard y al Orfelinato agrícola.

En esto estaba Pablo de su carta, subrayando, para disminuir el disgusto de su madre, una pintura ferozmente aburrida de la vida en Mousseaux aquel año, cuando un ligero golpe sonó en la puerta. Pensó que sería el crítico, Bretigny, hijo, ó quizá Laniboire, muy agitado de

algún tiempo á esta parte, los cuales prolongaban con frecuencia la reunión en el cuarto de Pablo, que era el mayor y el más cómodo, con un coquetón fumadero al lado. Se sorprendió al abrir, viendo la larga galería del primer piso, silenciosa y vacía hasta el fondo, hasta la maciza puerta de la sala de guardias, cuyas esculturas alumbraba un rayo de luna.

Volvió á sentarse, pero volvieron á llamar: el ruido venía del fumadero, que por un corredor abierto en las paredes de la torre se comunicaban con las habitaciones de la Duquesa por una puertecita disimulada por un portier. Esta disposición, anterior á la restauración de Mousseaux, no le era conocida, y de pronto, recordando algunas conversaciones de hombres solos en los últimos días, sobre todo las historietas horrorosamente verdes de Laniboire, se dijo:

—¡Demonio! ¡Pues si nos han oído!...

Descorrió el cerrojo, y la Duquesa pasó delante de él sin decir palabra y poniendo sobre la mesa en que Pablo estaba escribiendo, un fajo de papeles amarillentos, que con su mano fina arrugaba nerviosamente:

—Aconséjeme usted, le dijo con voz grave;

usted es mi amigo. No tengo confianza más que en usted...

¡Más que en él! ¡Infeliz mujer! ¡Y no le advertía nada la mirada socarrona y escudriñadora que iba de la carta imprudentemente abierta sobre la mesa, y que hubiera podido leer, á sus hermosos brazos desnudos, dentro de la bata de encajes y sus pesadas trenzas, recogidas en peinado de noche!

Pablo pensaba:

—¿Qué querrá? ¿Qué vendrá á buscar?

Mientras ella, sin pensar más que en su cólera, en el furioso remolino de rencor que le ahogaba desde la mañana, le decía en voz baja, en frases entrecortadas:

—Algunos días antes de que usted viniese me envió á Gavaux... Sí... se atrevió... para pedirme sus cartas. Y le recibí, obsequioso... le quité las ganas de volver. Sus cartas... ¡vamos! Esto era lo que quería.

Y le tendió el fajo, historia y expediente de sus amores; la prueba de lo que aquel hombre le había costado, de lo que le había pagado al sacarle del lodazal.

—Tome: lea usted... ¡es muy curioso! Ande...

Y mientras hojeaban aquellos papelotes raros, impregnados del perfume de la Duquesa, pero más dignos de los escaparates de Bos, facturas fantásticas de comerciantes de antigüedades, de joyeros, de planchadoras, de constructores de yates, corredores de vinos espumosos de la Turena, pagarés de cien mil francos á *horizontales* célebres, ya muertas, desaparecidas ó bien casadas, recibos de fondistas, de criados de club; en una palabra, las formas variadas de la usura parisiense y de una liquidación de vividor, María Antonia gruñía sordamente:

—Ya lo ve usted, es más cara que la restauración de Mousseaux la del caballero ése. Tenía todo esto en un rincón hacía muchos años, porque lo guardo todo; pero juro á Dios que no pensaba utilizarlo. Pero ahora tengo otra idea. Ya es rico...; pues quiero mi dinero, con los intereses. ¿No tengo razón?

—Cien veces; pero... (y retorció la punta de su barbita): ¿no tenía un consejo de familia el Príncipe cuando todo esto?

—Sí, sí, ya lo sé... Bretigny me lo ha dicho, porque, no pudiendo conseguir nada por Gavaux, ha escrito á Bretigny pidiendo-

le su intervención. ¡Entre académicos, claro!

Y se rió con un desprecio que ponía al mismo nivel académico al embajador y al ministro; y luego, en un raptó de indignación:

—¡Claro! Hubiera podido dejar de pagar, pero le quería limpio... Nada tengo que ver con arbitrajes. He pagado y quiero cobrar, ó si no á los Tribunales, y mucho escándalo y mucho lodo sobre su nombre y sobre su título de representante de Francia en San Petersburgo. Deshonrando á ese miserable siempre saldré ganando.

—De todos modos, dijo Pablo dejando el paquete y escamoteando la carta á su mamá, que le perturbaba; de todos modos, ¡que haya dejado pruebas tales en manos de usted un hombre tan hábil!

—¡Hábil, él!

Y todo lo que no dijo, lo dió á entender encogiéndose de hombros.

Pablo siguió, gozando en hostigarla, porque al fin nadie sabe hasta dónde puede llegar el rencor delirante de una mujer:

—Sin embargo, es uno de nuestros primeros diplomáticos...

—Era yo... No sabe del oficio más que lo que yo le he enseñado.

—Entonces, la leyenda famosa del canceller Bismarck...

—¿Que no le ha podido mirar nunca á la cara? ¡Buena historia! ¡Ya lo creo! Se vuelve... Es un diplomático que parece que acaban de vomitarlo.

Y avergonzada, puso su cabeza entre las manos, ahogando los sollozos con un estertor furioso.

—¡Y decir que doce años de mi vida los he dado á un hombre tal! ¡Y que ahora me deja! ¡Ya no quiere más! Y es él... él...

Su orgullo, ante esta idea, se sublevaba, y marchando á grandes pasos por el cuarto desde la cama baja y ancha con su gran pabellón de tapices, hasta el círculo luminoso que en el suelo hacía la lámpara, se preguntaba los motivos de su ruptura, diciéndose en alta voz:

—¿Por qué? ¿Por qué? Lo equívoco de nuestra situación. ¿Pues no sabía que esto había de acabar pronto, y que antes de un año nos habríamos casado? La fortuna, los millones de aquella mala pécora: ¡como si yo no fuese también rica,

le su intervención. ¡Entre académicos, claro! Y se rió con un desprecio que ponía al mismo nivel académico al embajador y al ministro; y luego, en un raptó de indignación:

—¡Claro! Hubiera podido dejar de pagar, pero le quería limpio... Nada tengo que ver con arbitrajes. He pagado y quiero cobrar, ó si no á los Tribunales, y mucho escándalo y mucho lodo sobre su nombre y sobre su título de representante de Francia en San Petersburgo. Deshonrando á ese miserable siempre saldré ganando.

—De todos modos, dijo Pablo dejando el paquete y escamoteando la carta á su mamá, que le perturbaba; de todos modos, ¡que haya de jado pruebas tales en manos de usted un hombre tan hábil!

—¡Hábil, él!

Y todo lo que no dijo, lo dió á entender encogiéndose de hombros.

Pablo siguió, gozando en hostigarla, porque al fin nadie sabe hasta dónde puede llegar el rencor delirante de una mujer:

—Sin embargo, es uno de nuestros primeros diplomáticos...

—Era yo... No sabe del oficio más que lo que yo le he enseñado.

—Entonces, la leyenda famosa del canceller Bismarck...

—¿Que no le ha podido mirar nunca á la cara? ¡Buena historia! ¡Ya lo creo! Se vuelve... Es un diplomático que parece que acaban de vomitarlo.

Y avergonzada, puso su cabeza entre las manos, ahogando los sollozos con un estertor furioso.

—¡Y decir que doce años de mi vida los he dado á un hombre tall! ¡Y que ahora me dej! ¡Ya no quiere más! Y es él... él...

Su orgullo, ante esta idea, se sublevaba, y marchando á grandes pasos por el cuarto desde la cama baja y ancha con su gran pabellón de tapices, hasta el círculo luminoso que en el suelo hacía la lámpara, se preguntaba los motivos de su ruptura, diciéndose en alta voz:

—¿Por qué? ¿Por qué? Lo equívoco de nuestra situación. ¿Pues no sabía que esto había de acabar pronto, y que antes de un año nos habríamos casado? La fortuna, los millones de aquella mala pécora: ¡como si yo no fuese también rica,

y luego no tuviese relaciones é influencias de que carece la Savaudon. Entonces... ¿qué? la juventud.

Y se rió con rabia.

—¡Ah, ah! ¡Pobrecita! ¡Para lo que él hará con su juventud!

—Me lo sospecho, murmuró Pablo, que se sonreía y se acercaba.

Éste era el punto sensible, y en el que se apoyaba la desdichada para sufrir más. ¡Joven, joven! En primer lugar, ¿es en el almanaque donde se mira la edad de una mujer? Quizá el señor embajador sufriría alguna decepción...

Y con un gesto rápido, separando con las dos manos los encajes de noche que ocultaban su cuello redondo sin un pliegue, su pecho sólido y espléndido, añadió:

—¡Ahí tenemos las mujeres la juventud!

¡Oh! No duró aquello mucho. Manos ardientes y entendidas prosiguieron el gesto por ella empezado, y la rica bata, los broches, todo, saltó por la habitación; y tomada como por asalto, sintióse llevada hacia la cama abierta. Pasó por ella un torbellino, algo potente, dulce é irresistible, de lo cual nada hasta aquel día había podido darla idea, que la aplastaba, la envolvía,

se apaciguaba, para volver y tomarla de nuevo, y ahogarla, y tragarla...

¿Lo esperaba al entrar? ¿Era esto, como Pablo tenía derecho á sospechar, lo que ella había ido á buscar á su cuarto? ¡No! Delirio de orgullo herido, vértigo de furor, náuseas, asco, la mujer abandonándose por entero como en una noche de naufragio... Pero en María Antonia no había nada vil ó premeditado.

Y luego, vuelta en sí, de pie, tomó posesión de sí misma, dudó, se interrogó:

¡Ella! ¡Aquel joven! ¡Y tan pronto! ¡Es para llorar de vergüenza!

Mientras Pablo á sus pies suspiraba:

—¡Pero si yo te amo, si te he amado siempre... recuerda!...

Y en sus manos, y de ellas comunicándose á todo su ser, sintió de nuevo el fuego que la trastornaba, y que corría por su piel en olas inmensas.

Pero ya una campana sonaba á lo lejos; claros rumores anunciaban la mañana, y se escapó... sin querer llevarse el fajo de su venganza...

¡Venganza! ¿De quién? ¿Para qué? Ahora ya no odiaba: amaba.

Y era tan nuevo, tan extraordinario para

aquella elegante el amor, el pleno amor con sus delirios y sus espasmos, que la vez primera había creído ingenuamente que se moría.

Desde entonces hubo en ella una gran quietud, una dulzura de convaleciente que cambiaba su voz y hasta su modo de andar. Tornábase en otra mujer, una de esas que la gente dice, al verlas pasar del brazo del marido ó del amante, lentas y como mecidas: «Ahí va una que tiene lo que necesita.»

El tipo es más raro de lo que parece, sobre todo en la «sociedad.»

Se complicaba en ella, con la corrección para los demás, los deberes de la dueña de una casa, cuidando de los que se iban y de los que llegaban; la instalación de la segunda serie, más numerosa, menos íntima, toda la aristocracia académica: el duque de Courson Launay, el príncipe y la princesa de Fitz-Roy, los Circourt y los Huchenard, Saint-Avol, ministro plenipotenciario, Moser y su hijo, el señor y la señora Henry, de la Legación norteamericana...

No era escaso el trabajo de nutrir y distraer á toda aquella gente y tener que fusionar elementos tan heterogéneos.

Nadie sabía hacerlo como la Duquesa; pero ahora le resultaba el trabajo pesado y aburrido. Hubiera preferido estar siempre en el mismo sitio, saboreando su felicidad, absorbiéndose en su idea única; y no hallaba para distraer á sus invitados más que la invariable visita al castillo de Ronsard, al Orfelinato, feliz siempre que su mano tocaba la de Pablo y el azar de los coches ó de las lanchas les acercaba.

En uno de aquellos fastidiosos paseos por el Loira, un día que toda la flotilla de Mousseaux, con sus banderolas de seda y sus banderas con las armas ducales, que se reflejaban temblorosas en el agua, había ido algo más lejos que de costumbre, Pablo Astier, cuya embarcación precedía á la de la Duquesa, estaba sentado á popa, al lado de Laniboire, escuchando sus confidencias.

Autorizado para prolongar su estancia en Mousseaux hasta acabar su informe, el buen hombre creía que su candidatura al puesto dejado vacante por Samy iba bien; y, como suele suceder, precisamente le contaba sus esperanzas á Pablo: lo que él había dicho, lo que ella había contestado: y ésto y aquéllo; y añadió:

—Joven, ¿qué haría usted en mi lugar?

De pronto una voz clara y sonora vibró desde la barca que seguía.

—¿Señor Astier?

—¡Duquesal

—Mire usted allí, en los rosales... Parece Vedrine...

Era Vedrine, con efecto, que estaba pintando junto á su mujer y sus hijos en un viejo lanchón amarrado á unas ramas, junto á una isla verde... Se acercaron pronto, porque cualquier cosa resulta una distracción en el perpetuo aburrimiento de la aristocracia. La Duquesa saludó con su sonrisa más dulce á la señora Vedrine, que tiempo atrás había estado una temporada en Mousseaux, mientras las mujeres miraban con curiosidad á aquella pareja de artistas, con sus hermosos niños hechos de amor y de luz, allí en reposo, abrigados por el toldo de verdura sobre el río límpido y tranquilo en que se duplicaba la imagen de su felicidad.

Vedrine, después de saludar, y sin dejar la paleta, dió á Pablo aparte noticias de Clos-Jallanges, cuya ancha y blanca casa, con techo suizo, se veía á lo lejos entre las brumas del río.

—Querido: allá dentro todo el mundo está

loco. La sucesión de Loisillón les ha trastornado; pasan el día contando votos, todos, tu madre, Picheral, y hasta la pobre enferma en su sillón sin ruedas. Ha pescado también la fiebre académica, y habla de ir á vivir en París y de dar fiestas y recepciones para auxiliar los trabajos para la candidatura del hermano.

Por esto Vedrine, huyendo de la locura, corría por el día, trabajaba fuera, en su *piragua*; y enseñándole el lanchón y riéndose con un dejo de amargura:

—Ahí tienes mi *dabbieh* egipcia y mi gran viaje por el Nilo...

De pronto el muchacho, que entre tanta gente, señores y trajes no tenía ojos más que para Laniboire, le interpeló con voz clara:

—Diga usted: ¿es usted el señor de la Academia que va para los cien años?

El viejo ponente, que estaba haciendo efectos náuticos para la bella Antonia, estuvo á punto de hundirse en el banco al caer sentado. Calmáronse un tanto las locas carcajadas, y Vedrine explicó el raro interés que el niño tenía por Juan Réhu, á quien no conocía ni había visto nunca, pero que le preocupaba

por los cien años, que pronto cumpliría...

El muchacho todas las mañanas preguntaba por el viejo:—¿Cómo está? Y en aquel ser pequeño había como un respeto, casi egoísta, de la vida, y la esperanza de llegar también á los cien años, ya que otros los habían vivido.

El aire se hacía frío, y hacía flotar los trajes y todas las banderas de las lanchas. Una masa de nubes avanzaba de Blois hacia Mousseaux, cuyas cuatro linternas, en lo alto de las torrecillas, brillaban bajo el negro cielo; una red de lluvia llenaba el horizonte.

Hubo unos instantes de apresuramiento. Y en tanto que las barcas se alejaban entre los bancos de arena amarilla, todos siguiendo la misma estela por la estrechez de los canales, Vedrine, gozando con aquel pedazo de color, bajo el cielo de tormenta y las bellas siluetas de los marineros de pie en la proa, empujando con sus largas perchas, se volvió hacia su mujer, que estaba de rodillas en la lancha acomodando á los niños, y cerrando la caja de colores y la paleta:

—Mira esto, mamita, le dijo. ¿Sabes cuando yo digo de un camarada que somos del mismo barco? Ahí tienes mi imagen clara y viva... To-

das estas barcas en fila que huyen entre el viento ante la noche amenazadora, son nuestras generaciones artísticas. Aunque los del mismo barco se molesten y empujen los unos á los otros, son amigos, sin quererlo y sin saberlo. Pero los que van delante y los que se retrasan, ¡cómo molestan! Nada hay de común entre su barca y la nuestra: estamos muy lejos, y no nos comprendemos. Sólo nos ocupamos de ellos para decirles: «¡Eh, dáos prisa!» Mientras que á los del barco que va detrás del nuestro, que nos empuja y nos pisa los talones y quisiera pasarnos encima, les gritamos: «¡Espacio, espacio! ¿Qué prisa tenéis?» Pues bien; yo (y levantóse tan alto como era, dominando el río y la orilla), yo soy de mi barco, desde luego, y lo quiero; pero los que se van y los que vienen me interesan tanto como los del mío. Les llamo, les hago señales y trato de ponerme en comunicación con todos, porque todos, los que van delante y los que siguen, corremos los mismos riesgos, y para todas nuestras barcas hay corrientes duras, cielo traidor y la noche que viene pronto. Y ahora, cortemos las amarras. ¡Ahí está el chubasco!